

Introducción

*El reino de Kali está en nuestro interior.
La destructora por naturaleza, la diosa salvaje,
vigila en la oscuridad y nos arrebató el sueño.
Fluye en nuestra sangre para envenenar la bondad.*

La imagen de la pared podía ser la pesadilla de cualquier hombre. Representaba una especie de mujer, pero una mujer que habría acobardado a cualquier ligón, enfriado los ánimos de la más ardiente feminista, y ante la cual Freud se habría apresurado a desdecirse de su quejumbroso interrogante respecto a qué es lo que quieren las mujeres.

Lo que quería aquella mujer era sangre.

Tenía la piel oscura, de un azul tan profundo que parecía negro en contraste con el rojo chillón y luminoso de las olas de sangre que salpicaban sus musculosas pantorrillas. Alrededor de sus caderas llevaba un cinturón de manos humanas cortadas por la muñeca, y de su cuello colgaba un collar de calaveras. Su indómita cabellera era una negra maraña plagada de serpientes, y de su oreja izquierda pendía un haz de huesos desnudos. De sus poderosos hombros nacían cuatro brazos, como tienen algunas deidades indias —el sueño de toda madre atareada en cualquier parte del mundo—, y las largas y afiladas uñas de sus cuatro manos eran del mismo rojo que la marea de sangre que la rodeaba. Con la mano inferior derecha sujetaba una sar-

tén de hierro que esgrimía como un arma, y con la mano superior izquierda agarraba por los pelos la cabeza recién cortada de un hombre.

La expresión de la cara de la dama era terrible a la par que bellísima; parecía la hermana demoníaca de la Gioconda. Su actitud y su porte proclamaban su triunfo y su gozo, y mostraba la lengua y los dientes en una sonrisa exultante de placer, jactándose de su hazaña ante el claro cielo azul, los meditabundos buitres de un árbol cercano, las volutas de humo que subían de las piras donde se incineraban los cadáveres en la colina vecina, y el sanguinolento y barbado objeto que se balanceaba con los ojos abiertos en el extremo de su brazo.

Parecía embriagada con el placer de matar, arrebatada por el éxtasis ante la visión del profundo y cálido lago de sangre derramada que iba atravesando.

Y no parecía en absoluto que hubiera dado por terminada la mantanza.

Era Kali, cuyo nombre significa negro, Kali, la diosa india de la destrucción y la creación. Kali, la que mata llena de furor y gozo, la indestructible, la madre que se vuelve contra sus descastados hijos; Kali la destructora, Kali la creadora, la que trae la vida con sus mantanzas, la que estimula con sus energías a Shiva para que baile su última danza, la danza que ha de ser la causa del fin de todo lo creado, de todo tiempo y de toda vida.

1

*Es un lugar de muerte y calaveras
donde enfrentamos violencia y sentimiento,
y ante este roto y atormentado rostro
nosotros, asesinos, caemos de rodillas.*

Kate Martinelli estaba sentada en la incómoda silla plegable de metal, preguntándose cuándo acabaría aquello.

La verdad es que acabó bastante airosamente, dadas las posibilidades y la experiencia de los participantes, entre un flash deslumbrador, un inquietante crujido y un torbellino de colores; luego todo fue oscuridad y risitas.

Volvieron las luces, y familiares y amigos se levantaron para aplaudir a rabiar a las treinta y tres criaturas que, con sus pintorescos atuendos y maquillajes, se apiñaban en el escenario recogiendo la ovación.

El porqué de la presencia de Kate era la tercera de la fila, una niña de pelo crespo y tez café con leche, sonrisa doblemente mellada y orgullosos ojos negros relucientes de excitación.

Kate se inclinó para decir al oído de la mujer sentada a su lado:
—Tu ahijada es un monito perfecto.

Lee Cooper se echó a reír.

—Mina ha vuelto locas a Roz y a Mía ensayando el papel. Se empeñaba en llevar el rabo fuera, y se ha cargado un brazo del sofá a

fuerza de saltar y saltar. La semana pasada decidió alimentarse sólo de plátanos, hasta que Roz consiguió un libro donde viene todo lo que comen los monos.

—Espero que no haya ido por ahí sacando bichitos del tronco de los árboles.

—Me figuro que Roz haría una lectura selectiva.

—Como para fiarse del clero. Sabes... —Kate se interrumpió de pronto y le cambió la cara. Metió la mano en el bolsillo, sacó un busca zumbador, miró hacia Lee y se encogió de hombros en gesto de disculpa antes de sacar el móvil del bolsillo y abrirse camino hacia la salida donde reinaba un relativo silencio. Volvió al cabo de un par de minutos, hizo desaparecer el teléfono mientras pasaba por delante del hombre que había estado sentado al otro lado de Lee durante la función, y que en aquel momento estaba de pie a su lado, atento para ayudarla a abrirse paso entre la multitud. Antes que Kate hubiese tenido tiempo de abrir la boca, el cuidador de Lee empezó a decir:

—¡Qué lástima! Te vas a perder el ponche de frutas y las pastas.

Kate alzó los ojos al cielo y dijo bajito al oído de Jon:

—Bien podía haberme llegado el aviso hace una hora...

—Pobrecita —dijo Jon sin ningún atisbo de compasión en su voz—, ¡qué vida más dura la del policía!

—¿Puedes acompañarla a casa si consigo que alguien os lleve?

—Encantado, pero luego tengo que salir.

—Se encontrará bien. —Ahora llegaba la parte más difícil—.

Lee, cariño —empezó a decir Kate, pero esta vez resultó innecesario tanto camelo.

—¿Así que te vas?

—Lo siento.

—Mentirosa —dijo Lee guasona—. Pero hay que reconocer que te has portado bien como madrina honoraria, así que tienes permiso para irte a jugar con tus amigos. ¿Supongo que era Al, no?

Kate y su compañero, Al Hawkin, estaban de guardia esa noche, y en una ciudad del tamaño de San Francisco no era nada raro que hubiera un homicidio. Kate asintió, tuvo un momento de duda y le dio un beso rápido a Lee en la mejilla. Lee demostró más agrado que sorpresa ante el gesto, así que Kate lo interpretó como que había acerta-

do, y se sintió a su vez más que gratificada por la reacción de su pareja. La verdad es que en los últimos tiempos su relación se había vuelto algo peliaguda, y cualquier cosilla parecía adquirir gran importancia. Echó a andar con cuidado, tratando de no enredarse en las muletas de Lee, y dio un rodeo entre las hileras de sillas plegables para felicitar a la familia adoptiva de Mina. Estaban rodeados por otra gente que se había acercado con el mismo propósito, o más bien Roz estaba rodeada por un círculo de admiradores; era una mujer alta, de cabello oscuro y piel ligeramente pecosa, reía rebosante de entusiasmo, y parecía emitir una onda tan cálida como si fuera la llama que animara el espíritu, como habían escrito en el *Chronicle* del domingo.

Cuando leyó aquella frase, Kate se preguntó si lo que el periodista había querido insinuar era que Roz era una mujer caliente. La verdad es que sí, que era de las mujeres más sexys que Kate había conocido, aunque no fuera premeditado.

Hacía un par de semanas que Kate no había visto a Roz, pero nada más mirarla supo, por la forma en que gesticulaba y por cómo se inclinaba hacia su público, que estaba de nuevo involucrada en algún lance apasionante: parecía haber crecido cinco centímetros y haberse quitado diez años de encima, algo que Kate ya había visto en más de una ocasión. O tal vez fuera efecto de los parabienes con que la estaban abrumando los demás padres; al parecer, todos habían visto el programa de televisión en que Roz había salido la noche anterior, y todos estaban ansiosos por decirle lo fantástico que había sido y lo fantástica que ella había estado. Roz echó el brazo al hombro del director y se echó a reír con sinceridad ante tanta alabanza a su persona, y Kate, mientras esperaba la ocasión de meter baza, estudió el aspecto que le ofrecía aquel expresivo rostro con el afecto algo incómodo que inevitablemente se siente hacia alguien con quien se tiene una deuda imposible de saldar, un sutil sentimiento de dependencia que le producía cierto desasosiego, incrementado en este caso por la certeza de que la que ahora era su pareja se había acostado con aquella mujer. A Kate le gustaba Roz (¿a quién no?) y le tenía muchísimo respeto, pero nunca se sentía totalmente a gusto con ella.

La compañera de Roz, Mía Freiling, se mantenía ligeramente apartada, tomando nota de todo mientras hablaba con una mujer

que Kate recordaba vagamente que le habían presentado en alguna de sus fiestas. Curiosamente, Mía era bajita y tenía el pelo negro, a pesar de ser sueca, y su nombre era fuente de incesantes bromas por parte de Roz. Muchos de los conocidos de Roz daban por sentado que su tranquila compañera carecía prácticamente de personalidad y se limitaba a cuidar de la casa, preparar fastuosas comidas en cuanto Roz chasqueaba los dedos y reírle educadamente las gracias. Pero estaban muy equivocados. Que Mía no hablara mucho no significaba que no tuviera nada interesante que decir. Mía tenía varios títulos universitarios que la acreditaban como especialista en un campo de la investigación neuronal tan complejo que en todo San Francisco no había ni media docena de personas que supieran de qué iba, y que, a su vez, no eran precisamente el tipo de gente que constituían el séquito habitual de políticos y reformadores que giraban en torno de Roz. A Kate le parecía un caso de perfecta incompatibilidad que, paradójicamente, había cimentado una relación matrimonial asombrosamente sólida, una más de las muchas facetas incomprensibles de Roz Hall.

Kate se quedó mirando a una y a otra y desistió de intentar atraer la atención de Roz. Mía le dirigió una sonrisa de complicidad al verla acercarse, y Kate se encontró respondiendo con otra mueca sonriente mientras la cogía del brazo.

—Gracias por invitarme —dijo—. Pensaba quedarme a la fiesta, pero me han llamado, tengo que irme. Lo siento. No dejes de decirle a Mía que es el mejor monito que he visto en mi vida.

—Se lo diré. Y no te preocupes, no eres la única persona importante que se va a perder la merendilla —dijo Mía mirando intencionadamente por encima del hombro de Kate. Ésta se volvió a tiempo de ver una figura elegantemente trajeada y con sombrero que desaparecía por la puerta de la cafetería del colegio. En cuanto se cerró la puerta tras él, se alzó una voz entre aquel Babel con un comentario sobre las Damas del Perpetuo Descontento, el grupo de autonombradas «vigilantes» feministas, que pretendían tomarse la justicia por sus manos y que en las últimas semanas traía de cabeza a la ciudad con una serie de actos de venganza singularmente creativos y, como Kate no podía por menos que admitir en privado, sumamente diver-

tidos. Precisamente esa misma mañana el alcalde había hecho unas declaraciones a la prensa que decían: «No le vemos la gracia».

Kate sonrió ensimismada ante el comentario y se volvió a Mia.

—¿Era el alcalde, no?

Mia se encogió de hombros e hizo una mueca como si tuviera que disculparse por algún alarde de mal gusto.

—Me pregunto de quién sería ese coche. Muy impresionante —le dijo Kate—. Oye Mia, ¿podrías encontrar a alguien que pudiera acercar a Lee y a Jon a casa? Hemos venido en un coche...

—Pues nosotras llevamos siempre dos porque Roz siempre se encuentra con alguien con quien precisamente tenía que hablar. Yo los llevo encantada, si no les importa esperar a que Mina se harte de galletitas.

—Por supuesto que no les importa, a Jon le privan las Oreo y esas otras, ¿cómo se llaman las gelatinas esas de Jell-O?

—*Jigglers* —articuló Mia con tono de desaprobación dando tres sílabas a la palabra. Kate se echó a reír; le volvió a apretar cariñosamente el hombro, le dijo adiós a Lee con la mano y cruzó corriendo el vestíbulo del colegio en dirección a su coche, un Hizzoner sin pretensiones.

Al oeste el cielo todavía tenía un débil resplandor. Kate conducía por Lombard Street su Honda recién adquirido como si llevara años con él, aunque suponía que el dueño anterior debía ser repartidor de pizzas según pudo comprobar su nueva dueña en cuanto llegó el primer día de calor. Kate bajó la ventanilla para que entrara el aire de aquel atardecer de abril, una brisa suave y clara después de la llovizna; no debía haber dejado que Lee la convenciera para dejar la moto.

Kate prefería San Francisco cuando llegaba la noche. De día era una ciudad bonita, interesante y muy animada, y tan anónima como cualquier ladrón o policía podía desear. Pero de noche la ciudad se cerraba en sí misma y se hacía más íntima, como un rebaño de apretadas colinas rodeadas casi enteramente por el mar. Algunas veces, entre las estrellas, el rumor del tráfico y el hálito colectivo de sus setecientos cincuenta mil habitantes, Kate creía oír el canto de la ciudad.

Aquella canción imaginaria no era más que una fantasía que le asaltaba a veces y que nunca había mencionado, ni siquiera a Lee (a Lee, analista y terapeuta con tendencia a interpretar en exceso cualquier imagen mental por insignificante que fuera, quizá menos que a nadie). Era como una vieja melodía, con miles de versiones distintas: la canción de la ciudad podía ser suave y sexy como una canción de amor, o complicada y fríamente instrumental como una composición *a capella*, o áspera como un rock sucio. Aquella compleja melodía de la ciudad no era nunca la misma de una noche a otra o de un lugar a otro: aquí tenía ritmo de salsa, allá la cadencia de un *rap*; en este barrio se transformaba con los rasgos metálicos de los sinuosos sonidos de los instrumentos y las armonías chinas, y en aquel adoptaba la compleja estructura de una *raga* india. En esas ocasiones tan características de San Francisco, cuando los más disparatados excesos de la ciudad de la bahía daban pie a todo tipo de comentarios irónicos en las noticias nacionales (la aparición en la escena pública de la Damas del Perpetuo Descontento, por ejemplo), la canción podía llegar a adquirir rasgos cómicos, como en una banda sonora la música prepara a la audiencia para la caída aparatosa. Pero, independientemente del contexto, era siempre la misma canción, la canción que mecía la noche urbana en San Francisco, y a Kate Martinelli la acompañaba siempre que cruzaba las calles camino de la escena del crimen.

El resplandor hortera de los reclamos luminosos de bares y moteles de Lombard Street se interrumpía bruscamente en la gran verja que daba entrada al Presidio, y el enjambre de edificios y líneas de teléfono daban paso a los árboles y a los dignos alojamientos de los oficiales. El ejército estaba retirándose de la base que tenía allí construida, sobre el pedazo de suelo más goloso que quedaba en San Francisco, pero de momento, la desordenada vida civil de la ciudad no había conseguido romper aquel frente, y las luces del coche de Kate iluminaron un césped impecablemente cortado entre las prietas filas de los barracones. Siguiendo las indicaciones que le habían dado, Kate continuó siempre por la derecha. Pasó al lado de un aparcamiento tan grande que podía haber servido como campo de demostraciones, aunque sólo había tres coches aparcados, y que luego se fue estrechando hasta convertirse en un simple camino entre

un edificio de madera y la autopista que llevaba al Golden Gate. El puente, con su tráfico delirante, resultaba curiosamente distante, y entonces fue cuando Kate vio la verja del cementerio militar y un coche de policía cruzado en la carretera contigua que impedía el paso de vehículos. Kate mostró su placa al agente de uniforme y siguió su camino; los faros alumbraban ahora hileras de relucientes lápidas blancas que subían por la ladera de la colina que tenía a la izquierda, y en la canción de la ciudad sonó de pronto una nota discordante, como un acorde de película de suspense al tiempo que aparecía un fogonazo blanquiazul que barría la parte inferior de la arboleda en la siguiente revuelta.

Deslumbrada por la cruda luz que tenía ante ella, Kate ralentizó y avanzó penosamente hasta doblar la esquina. Le pareció que había lo menos doscientas personas apiñadas ante ella en la carretera, aunque sabía perfectamente que, como mucho, no podían ser más de treinta, y eso contando con los periodistas, que habían llegado a pie, arrastrando todos los equipos desde el lugar donde les habían obligado a dejar las camionetas, al otro lado del cementerio. Se arrimó al borde y aparcó entre un lote surtido de vehículos oficiales —policía del parque, coches patrulla del Departamento de Policía de San Francisco, ambulancia, furgoneta del médico forense y media docena de coches de policía sin distintivos—, y unos cuantos coches pequeños del personal que habían tenido que volver de casa. Más allá de la curva de la carretera, mantenidos a distancia por policías de uniforme, pero haciendo buen uso de los objetivos, aguardaban las furgonetas de las cadenas de televisión con la esperanza de conseguir un buen titular para las noticias de las once. Todavía estaba uno de los agentes delimitando el perímetro del lugar del crimen con la cinta amarilla que iba sujetando en los troncos de los árboles, un poste de la valla y una oportuna señal de tráfico. Kate saludó con la cabeza a las caras familiares de los policías, hizo caso omiso de las preguntas de los reporteros que estaban en ese lado y se metió en el recinto señalado por la cinta policial.

Al Hawkin estaba allí plantado con las manos en los bolsillos, observando el trabajo del forense, con una bolsa para homicidios a sus pies. Se volvió al sentir llegar a su compañera.

—Estupenda forma de terminar el día —dijo a modo de saludo.

—Si me hubieras llamado una hora antes me habrías podido librar de ver la obra.

—¿Y qué era?

—No te lo vas a creer: una función escolar. ¿Conoces a Roz Hall? —Hawkin asintió; media ciudad de San Francisco la conocía, por suerte o por desgracia, o por ambas a la vez—. Bueno, pues ella y su compañera Mía adoptaron a la sobrina de Mía el año pasado y le pidieron a Lee que fuera la madrina. La niña, que se llama Mina, va a un colegio privado que está muy puesto en eso de las fiestas étnicas, y la obra era una historia india más bien complicada sobre guerras y dioses. Mina hacía de mono. Hasta el alcalde estaba allí... —Hawkin enarcó las cejas—. Bueno, ¿qué es lo que hay?

—El forense me ha aparcado aquí, así es que no he tenido ocasión de echar un vistazo. El aviso lo dio un tío que hacía *footing*, acababan de dar las seis y media, han mandado un agente a su casa. Parece que se trata de un hombre blanco, el que llamó dice que no había señales de violencia evidentes, aunque sólo se quedó a mirar el tiempo suficiente para decidir que no había necesidad de una reanimación cardiopulmonar antes de volver a casa a llamar a la policía. Yo diría que el fiambre debe de tener unas veinticuatro horas.

—Es un sitio curioso para que te dé un infarto —comentó Kate—, y no se puede decir que esté vestido para hacer *footing*. —Lo único que podían ver del cuerpo, medio oculto por unos arbustos a un lado de la calzada, eran los pies, calzados con unas pesadas botas con remaches de acero y un trozo de pantalón de tipo caqui—. ¿Por qué no lo habrá visto nadie en todo el día? Por aquí pasa mucha gente.

—Ha llovido, así que no habrá habido tanta gente a pie. Como estaba oscureciendo, el tipo que lo encontró pensó que podía pararse a mear y se paró ahí mismo.

El cuadro tenía un punto cómico en el que Kate no podía dejar de pensar mientras esperaban a que los autorizaran a examinar el cuerpo.

—Aparte de que está oscuro y que se pueden ver venir los coches —preguntó de pronto Al sacándola de su ensimismamiento—, ¿por qué supones que lo trajeron hasta aquí?

Kate miró a su alrededor y tuvo que admitir que no era precisamente el primer sitio en que ella habría pensado para deshacerse sin problemas de un cadáver molesto.

—Yo lo habría dejado allá abajo —le dijo a su compañero señalando con la barbilla hacia una hilera de edificios oscuros al pie de la colina—. No hay ninguna barrera a la entrada de la carretera, ¿no?

—No. Y los chicos del parque dicen que no hubo nada de movimiento la noche pasada, de modo que no debió de haber ningún tráfico allá abajo.

Kate se dio la vuelta y miró en la otra dirección, hacia la cima de la colina. Al otro lado de la carretera se veían algún árbol y zarzas, y luego la valla que rodeaba el cementerio.

—¿Piensas que lo intentaron dejar en el cementerio y que no lo lograron? Puede que hubiera gente y que los criminales se asustaran.

Ella misma había cruzado alguna vez corriendo el cementerio, cuando se sentía en plena forma, y sabía que era un recinto cerrado, de acceso limitado y visitantes regulares; resultaba fácil quedar atrapado dentro, y vete luego a explicar qué hacía allí un cadáver sin ataúd ni coche fúnebre.

Finalmente el forense se apartó y Hawkin y Kate se acercaron al círculo de luz que hacían los focos para mirar más de cerca a su hombre blanco muerto.

No había la menor duda de que estaba perfectamente muerto, y desde luego Kate convenía en que intentar reanimar aquella cara negra que sacaba una lengua hinchada y cubierta de escarcha no era una perspectiva muy halagüeña.

—Lo han estrangulado —dijo señalando la evidencia.

—Pero no con las manos desnudas —añadió Al levantando el cuello de la camisa a cuadros. Algo se le había clavado en la delicada piel del cuello hasta dejarlo en carne viva.

El hombre tenía facciones toscas, el pelo crespo y una nariz florecida de venillas que indicaban años de bebida. La barriga era grande y blanda, pero el torso y los brazos resultaron estar bien musculados cuando los paramédicos le quitaron la camisa. Llevaba una chaqueta vaquera con unos pantalones de uniforme de poliéster, y un cinturón con una hebilla que daba fe de su lealtad a la cerveza Coors.

—¿Lleva las manos atadas?

Al le cogió del hombro, que ya empezaba a dar signos de que se estaba pasando el *rigor mortis*, para descubrir las anchas muñecas del hombre. Tenía puestas unas esposas de policía estándar, idénticas a las que llevaba Kate en el bolso. Nadie hizo comentarios sobre ello, Al se limitó a sujetar el torso del hombre para que Kate pudiera sacar una abultada cartera del bolsillo lateral del pantalón, y luego dejó recostado el cuerpo sobre la tierra tal y como yacía cuando Kate llegó.

—No ha sido un robo —ahora era Al quien apuntaba la evidencia.

En el carnoso anular del hombre se incrustaba una alianza de oro, y en la cartera había ochenta y dos dólares, un manojo de tarjetas de socio de varios clubes de vídeo, una tarjeta de crédito, y un permiso de conducir del estado de California que identificaba al cadáver como James Larsen y daba unas señas en un barrio dormitorio de South San Francisco. Una dirección de obrero que casaba perfectamente con sus manos y con su ropa, pero que resultaba poco usual para una víctima de homicidio en San Francisco.

Tantearon el resto de los bolsillos de James Larsen con cuidado porque los guantes de látex que llevaban ambos detectives no eran de mucha protección contra los miles de objetos afilados y potencialmente letales que la gente puede llevar encima. Kate encontró una entrada para una película de acción fechada tres días antes, seis monedas, un pañuelo sucio y el envoltorio de una barrita de cecina. No había llaves. Al metió la mano en el bolsillo lateral de la chaqueta y sacó tres golosinas envueltas en celofán: un caramelo duro de azúcar y mantequilla, un pedacito aplastado de caramelo blando de coco a rayas, y una bola espachurrada de una sustancia roja y pringosa. Por lo que se veía, al señor Larsen le gustaba el dulce.

Hawkin dejó caer los caramelos en la bolsa de pruebas y se levantó para dejar que el resto del equipo se acercara. El fotógrafo sacó unos primeros planos para completar las primeras fotos que había tomado del lugar del crimen antes de que nadie se acercara al cuerpo, y los agentes volvieron a su tarea. Kate y Hawkin se dirigieron adonde estaban los técnicos forenses apoyados contra la furgoneta; en la fría noche el humo de los cigarrillos se mezclaba con el efluvio de los eu-

caliptos. Los cuatro empleados del Ayuntamiento oían las reclamaciones de los periodistas como quien oye llover.

—¿Se sabe cuándo podría estar la autopsia? —les preguntó Al.

—Podría estar para mañana, pero más bien creo que será pasado mañana. Tenemos el depósito de cadáveres abarrotado.

—Espero que me avisen.

—Pero ya puedo adelantarle lo que van a encontrar —siguió diciendo el hombre.

—Arterias atascadas, el hígado tocado y estrangulación —propuso Hawkin.

—Una *taser*.

—¿Una qué?

—Una *taser*, una pistola detonadora, o como se llame. Uno de esos chismes que llevan las mujeres. No habría bastado para matarlo, pero quien lo hizo usó uno de esos chismes para dejarlo fuera de combate. —El técnico tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón, contaminando alegremente la periferia del lugar del crimen, y luego condujo a los dos detectives hasta el cuerpo. Se acuclilló y abrió de nuevo la camisa de cuadros sobre el fornido pecho de Larsen—. Eso es una quemadura producida por una pistola detonadora —afirmó señalando una mancha colorada sobre la piel y levantando la cara para ver la reacción de sus interlocutores.

No hubo reacción; los dos detectives pusieron cara de póquer.

—Yo aconsejaría no difundir semejante teoría —se limitó a decir Al mientras echaba una rápida ojeada por encima del hombro hacia los expectantes reporteros, y luego dio la autorización para proceder a retirar el cadáver.

Pero Kate comentó la sugerencia del técnico antes de seguir a Al adonde habían dejado aparcados los coches.

—A mí me parece más bien un cardenal —dijo con firmeza Kate, como si el comentario pudiera valer de algo. Su compañero emitió un sonido inarticulado—. Además, aunque fuera una pistola detonadora...

—No tardaremos en salir de dudas —comentó Al, y se dirigió hacia donde estaban los periodistas dispuestos a dar cualquier información posible, por mínima que fuera.

Si la marca de Larsen era de una pistola detonadora, y no un cardenal, un antojo o el resultado de algún contagio exótico, aquello iba a dar muchos problemas, porque así, con una de esas pistolas se habían dado a conocer las Damas del Perpetuo Descontento, esa fuente inagotable de ingeniosas bromas en las fiestas escolares y de quebraderos de cabeza para el alcalde y la policía.

El reino de las Damas (a las que su rendido público llamó rápidamente por sus siglas DPD, aunque ellas se referían a sí mismas simplemente como las Damas) había empezado a últimos de febrero, cuando un elemento de los bajos fondos llamado Barry Doyle fue llevado a juicio por estupro, y luego fue absuelto. Belinda Matheson, de quince años y diez meses de edad, había salido a dar una vuelta en coche con un documento de identidad que no era suyo, pero que lo parecía (lo cual no era de extrañar dado que era de su hermana mayor), y que acreditaba que su poseedora tenía veintiún años. Doyle le doblaba la edad, aunque su aspecto aññado recordaba vagamente a Leonardo DiCaprio, y la combinación de una cara mona, sagaces halagos y alcohol ilegal consiguieron llevar a la adolescente hasta su cama. Los furibundos padres, que estaban al borde de un ataque cuando Belinda llegó arrastrándose hasta su casa la tarde del día siguiente, lo demandaron, pero Doyle tenía un buen abogado y supo torear a un fiscal inexperimentado, que consintió un jurado compuesto predominantemente por hombres, y todos ellos solteros o divorciados. Un testigo dijo haber visto cómo Doyle comprobaba el carné de Belinda para asegurarse de que no era menor (ella parecía ser la persona de la foto del permiso, lo que venía apoyado por una foto de Belinda maquillada como una adulta y con un peinado de peluquería); además, la chica era cualquier cosa menos inocente (de acuerdo con el testimonio presentado por un antiguo novio con un prometedor aspecto de ir tras los pasos de Barry Doyle); todas estas circunstancias condujeron a un veredicto que llevó a Doyle, propietario de seis tiendas de vídeos de alquiler para adultos y un bar de top-less de los que el jurado no sabía nada, a alardear de su victoria frente a las fuerzas de «feministas descontentas y otros fascistas de los derechos humanos» en las mismas escaleras del juzgado, y anunciar sus intenciones de demandar, a su vez, a la familia Matheson por «el

perjuicio emocional, económico y profesional» del que había sido objeto a causa de su «premeditado engaño». Acabó su improvisada conferencia de prensa mirando fijamente a la cámara de televisión más cercana y proclamando: «Lo justo es lo justo, Belinda».

Ese mismo día, poco antes de media noche y tras una cena desenfrenada con la que celebró el resultado del juicio, Doyle se esfumó en algún punto entre su coche y la puerta de entrada de su casa. Lo encontraron ocho horas más tarde unos conductores matutinos, vivo y coleando, aunque amarillo de rabia, completamente desnudo y espatarrado sobre la ventana de un edificio en rehabilitación. Le habían pintado los genitales de color púrpura (lo que podía apreciarse desde la autopista, en la que pronto se formó un enorme atasco para verlo), y la cinta adhesiva con la que estaba sujeto a la ventana le arrancó la mayor parte del vello de las muñecas, los tobillos y la cara; pero lo más sorprendente (y delicioso) fue la revelación de un tatuaje bajo la pintura púrpura. El tatuaje rezaba: «Follo menores», y formaba parte indeleble de la dotación de Barry Doyle, al menos hasta que se animara a pasar por el mal rato de borrarcelo. La nota pegada con precinto adhesivo remataba:

LO JUSTO ES LO JUSTO, GIL,
Las Damas del Perpetuo Descontento.

Qué sensación de éxtasis, qué alegría por parte de todos aquellos a los que nunca se les había pasado por la cabeza la idea de llevarse a la cama a una menor. Y qué desazón, qué desagradable escalofrío les llegó a todos los miembros de la sociedad (entiéndase como más guste) que sí habían tonteado con esa idea. Aparecieron un centenar de bromas con el tema del precinto adhesivo en los programas de última hora de la tele, el color púrpura adoptó un nuevo significado, y los artistas del tatuaje se convirtieron en los héroes (y los sospechosos) del momento.

Inmediatamente las Damas accedieron a la categoría de sus antecesoras del «sólo en San Francisco ocurren estas cosas», el grupo de protesta gay-lesbiano-bisexual (con algún que otro hetero) llamado las Hermanas de la Perpetua Indulgencia. En tres días, las Damas te-

nían media docena de sitios en la Red, veinte diseños de camisetas (todas color púrpura) a la venta en los lugares más turísticos de la ciudad, y un centenar de chistes sobre cuántas Damas se necesitan para tatuar a un hombre (una respuesta entre muchas: «Ninguna si es un verdadero gil»). Hasta los amigos de Doyle empezaron a olvidarse de que se llamaba Barry.

Desde entonces las Damas habían realizado otras dos acciones. La más notoria fue levantar un cartel, de nuevo frente a la autopista, y esta vez sólo a quinientos metros de las oficinas centrales de la policía, que mostraba la cara de un conocido político local pegada sobre la figura de un hombre con un niño desnudo en su regazo (el político en cuestión se tomó de inmediato unas largas vacaciones, lo cual fue considerado por todo el mundo una clara asunción de culpabilidad evidente). Pegado a la escalera de acceso al cartel había una nota que rezaba:

CHICO MALO
Las Damas.

El tercer golpe fue contra un exhibicionista crónico en el distrito Sunset, reducido por el uso de la pistola detonadora y la cinta adhesiva a abrazarse a una fría farola completamente desnudo en una noche particularmente fría. La nota pegada a su anatomía rezaba:

¿MUCHA CORRIENTE?
Las Damas.

La postura oficial del Departamento de Policía era, por supuesto, que este tipo de acciones, supuestamente justas, de las autonombradas «vigilantes» eran incorrectas, peligrosas e intolerables. Pero también allí corrían decenas de chistes sobre calenturientos congelados, y en cuanto un agente musitaba «cinta adhesiva», la habitación entera se venía abajo.

Otras acciones habían sido atribuidas también a las Damas del Perpetuo Descontento, tanto en el área de la Bahía como en otras partes del estado, pero estaba claro que no eran suyas, porque les fa-

llaba el lado humorístico. La policía no tenía la menor idea de quiénes eran las Damas (y ni siquiera sabía a ciencia cierta si se trataba de mujeres); no había avanzado nada desde enero. La sugerencia de que algunas de las «monjas» de las Hermanas de la Perpetua Indulgencia habían decidido sacar las uñas había sido investigada, pero no se pudo encontrar conexión alguna aparte de la coincidencia del segundo término de los dos nombres y de un mismo sabor irreverente. En el precinto adhesivo no se había encontrado ninguna huella, ni había aparecido ninguna prueba en los lugares del crimen; las tres notas estaban escritas sobre un papel que se vendía por resmas en los almacenes, y estaban impresas con software, ordenador e impresora que media población del estado tenía en su casa. Hasta la colocación del cartel, un acto público por excelencia, había sido hecha con extrema rapidez, con hojas preparadas y cola para pegar carteles. Lo único que sabía la policía era que las Damas esperaban a la noche para golpear, y que en dos de sus acciones habían utilizado pistolas detonadoras.

Como la que podía haberse utilizado contra aquel hombre que yacía muerto en el suelo.

Los técnicos estaban de acuerdo en que, dado que parecía haber parado de llover, era mucho mejor dejar el trabajo para la mañana siguiente. Al dispuso las cosas para que la carretera permaneciera cerrada al tráfico y que el lugar quedara a salvo de las cámaras antes de que los dos detectives marcharan a entrevistar a su único testigo.

El hombre que encontró el cadáver parecía exactamente eso, un hombre que haciendo *footing* encuentra un cadáver, y no el típico asesino que vuelve sobre el escenario del crimen para «descubrir» a su víctima. Tenía incluso un billete de avión que probaba que acababa de volver esa mañana de un viaje de negocios. Le dieron las gracias y se fueron derechos a la casa de Larsen para anunciar la noticia y ver si encontraban alguna pista.

Larsen vivía en South San Francisco, en el extremo de la península, a media hora de la ciudad, en otro mundo. Unas letras blancas enormes sobre la ladera anunciaban que South San Francisco era «LA CIUDAD

INDUSTRIAL», un lugar dominado por el aeropuerto internacional de San Francisco, sus pasajeros y su carga.

La casa de Larsen era una de las miles de cajas de cemento apiñadas que se habían hecho después de la guerra. Malamente iluminada por los faros del coche y por la pobre luz de una farola, la casa mostraba el paso de los cincuenta años. Entre las grietas del camino de entrada crecían las malas hierbas, la pantalla de la lámpara del porche debía haberse roto y la habían quitado, la pintura estaba gris y empezaba a descascararse. Al pulsó el timbre y, tras unos minutos sin respuesta alguna, golpeó la puerta con la mano, pero la casa seguía a oscuras. Una vuelta alrededor de la casa con las luces apuntando a las ventanas no sirvió más que para que vieran un estrecho interior desordenado, así que se separaron, cada uno por un lado de la calle parando en todas las casas donde aún se veían luces. Cuando volvieron a encontrarse para cotejar sus notas, resultó que habían recogido prácticamente la misma información del vecindario.

La familia Larsen llevaba viviendo allí diez años como poco. James trabajaba de mozo de equipajes en el aeropuerto; su mujer, Emily, llevaba la casa. Tenían dos hijos mayores que ya no vivían con ellos. Su mujer lo acababa de dejar, y el vecino de la puerta de enfrente, con el que solía ir a la bolera y que era probablemente el único que hubiera podido saber dónde se encontraban la mujer o los hijos de Larsen, estaba de vacaciones y no iba a volver hasta dentro de tres o cuatro días. Kate sólo consiguió averiguar que Larsen tenía un coche, un Chevrolet sedán de seis años. El Departamento de Tráfico le dio el número de matrícula, y cuando se sentaron en el coche para ponerlo todo por escrito, Kate dio aviso de que buscaran el coche. Luego, como no se podía hacer ya gran cosa a esas horas de la noche y tampoco parecía haber motivo para sacar a un juez de la cama y que firmara una orden de registro, se marcharon cada uno por su lado en la oscura y adormecida península, y poco después de media noche estaban cada uno en su cama.

Un comienzo tan decepcionante como ordinario para un caso que iba a resultar absolutamente extraordinario.